

Mélanges: brevisima antología

VOLTAIRE

Traducción de Gerardo Deniz



DIALOGO ENTRE UN BRAHMÁN Y UN JESUITA ACERCA DE LA NECESIDAD Y EL ENCADENAMIENTO DE LAS COSAS

El jesuita: Diríase que ha sido gracias a las plegarias de San Francisco Javier como habéis alcanzado tan feliz y prolongada vejez. ¡Ciento ochenta años! Cosa digna del tiempo de los patriarcas.

El brahmán: Mi maestro Fonfuca vivió trescientos; es el curso ordinario de nuestra vida. Mucho estimo a San Francisco Javier, pero sus plegarias jamás conseguirían trastornar el orden del universo, y con sólo que hubiese poseído el don de hacer vivir una mosca un instante más de lo impuesto por el encadenamiento de los destinos, este globo en que vivimos sería muy otra cosa de lo que hoy veis...

El jesuita: Tenéis una extraña opinión sobre los futuros contingentes. ¿Ignoráis, pues, que el hombre es libre, que nuestra voluntad dispone a su grado de todo cuanto acontece sobre la tierra? Os aseguro que en ello sólo los jesuitas han establecido modificaciones de consideración.

El brahmán: No dudo de la ciencia ni del poder de los reverendos padres jesuitas; constituyen una parte harto estimable de este mundo, pero tampoco los creo soberanos. Cada hombre, cada ser, sea jesuita o brahmán, es un resorte del universo: obedece al destino, no lo rige. ¿De qué dependía que Gengis-kan conquistara el Asia? De la hora a la cual su padre se despertó un día acostado con su madre, de algo que dijo un tártaro años antes. Yo, por ejemplo, tal como me veis, soy una de las causas principales de la muerte deplorable de vuestro rey Enrique IV; me veis todavía afligido.

El jesuita: Vuestra Reverencia está sin duda de broma. ¡Causa, vos, del asesinato de Enrique IV!

El brahmán: ¡Sí, ay! Era el año novecientos ochenta y tres mil de la revolución de Saturno, lo cual se reduce al año mil quinientos cincuenta de vuestra era. Era yo joven y aturdido. Decidí emprender un paseito con el pie izquierdo, en vez del derecho, por la costa de Malabar, de lo cual evidentemente se siguió la muerte de Enrique IV.

El jesuita: Pero ¿cómo, os lo ruego? Pues lo que es nosotros, acusados de estar por todas partes en el asunto, nada tuvimos que ver.

El brahmán: He aquí cómo el destino puso las cosas. Al

adelantar el pie izquierdo, según tengo el honor de deciros, tiré desventuradamente al agua a mi amigo Eribán, mercader persa, quien se ahogó. Tenía una mujer muy linda que se escapó con un mercader armenio; tuvo una hija que casó con un griego, cuya hija se estableció en Francia y casó con el padre de Ravaillac. De no haber acontecido todo esto, os dais cuenta de que los negocios de las casas de Francia y Austria habrían sido diferentes. El sistema de Europa habría cambiado. Las guerras entre Alemania y Turquía hubiesen tenido otras consecuencias; tales consecuencias habrían influido sobre Persia, y Persia sobre las Indias. Veis cómo todo pendía de mi pie izquierdo, el cual estaba vinculado a todos los demás acontecimientos del universo, pasados, presentes y venideros.

El jesuita: Voy a proponerle esta argumentación a alguno de nuestros padres teólogos, y os traeré la respuesta.

El brahmán: Mientras tanto os diré que la sirvienta del abuelo del fundador de los bernardos (pues he leído vuestras historias) fue también una de las causas necesarias de la muerte de Enrique IV, con todos los accidentes que esta muerte acarrió.

El jesuita: Aquella sirvienta debía de ser toda una mujer.

El brahmán: Para nada: era una idiota a la cual el amo le hizo un hijo, y la señora de La Barrière murió de pena. La que la sucedió fue, como dicen vuestras crónicas, la abuela del bienaventurado Jean de La Barrière, quien fundó la orden de los bernardos. Ravaillac fue fraile en esta orden. Recibió de ellos cierta doctrina muy de moda por entonces, como sabéis. Tal doctrina lo persuadió de que sería una buena obra asesinar al mejor rey del mundo. El resto es sabido.

El jesuita: Pese a vuestro pie izquierdo y a la sirvienta del abuelo del fundador de los bernardos, siempre creeré que la acción horrible de Ravaillac era un futuro contingente que muy bien podría no acontecer, ya que, en fin, la voluntad del hombre es libre.

El brahmán: No sé qué entendéis por voluntad libre; no asigno idea ninguna a esas palabras. Ser libre es hacer lo que se quiere, no querer lo que se quiere. Todo lo que sé es que Ravaillac cometió voluntariamente el crimen que estaba destinado a realizar por leyes inmutables. Este crimen era un eslabón de la gran cadena de los destinos.

El jesuita: Por mucho que digáis, las cosas de este mundo no están en modo alguno tan ligadas como lo pensáis. ¿En qué atañe, por ejemplo, al resto de la máquina la con-

versación inútil que tenemos vos y yo en esta ribera de las Indias?

El brahmán: Lo que vos y yo decimos es poca cosa, sin duda; pero si no estuviésteis aquí, la máquina del mundo sería distinta de como es.

El jesuita: Vuestra brahmánica Reverencia está enunciando una violenta paradoja.

El brahmán: Vuestra ignaciana Paternidad creará lo que quiera, pero de fijo no tendríamos esta conversación si no hubiésteis venido a las Indias; no habríais hecho el viaje si vuestro San Ignacio de Loyola no hubiese sido herido en el sitio de Pamplona, y si un rey de Portugal no se hubiese obstinado en doblar el cabo de Buena Esperanza. Este rey portugués, con ayuda de la brújula, ¿acaso no mudó la faz del mundo? Pero hacia falta que un napolitano hubiera inventado la brújula. Decid, ahora, que no está todo sometido a un orden constante, que una por vínculos invisibles e indisolubles todo cuanto nace, todo cuanto actúa, todo cuanto sufre, todo cuanto muere sobre nuestro globo.

El jesuita: ¡Eh! ¿y qué será de los futuros contingentes?

El brahmán: Será lo que puedan, pero el orden establecido por una mano eterna y todopoderosa debe subsistir por siempre jamás.

El jesuita: Por lo que decís, ¿no habría entonces que rogar a Dios?

El brahmán: Hay que adorarlo. Pero ¿qué entendéis por rogarle?

El jesuita: Lo que todo mundo entiende: que favorezca nuestros deseos, que satisfaga nuestras necesidades.

El brahmán: Os comprendo. Queréis que un jardinero reciba sol a la hora que Dios destinó desde toda la eternidad para que lloviera, y que un piloto tenga viento del este cuando hace falta que un viento de occidente refresque la tierra y los mares. Rogar, padre, es someterse. Buenas noches. Ahora el destino me llama al lado de mi brahmána.

El jesuita: Mi libre voluntad me apremia a ir a impartir su lección a un joven escolar. ✽

GALIMATÍAS DRAMÁTICO

Un jesuita: (predicando a los chinos) Os lo digo, queridos hermanos: Nuestro Señor desea hacer de todos los hombres vasos de elección; sólo de vosotros depende el ser vasos, no tenéis sino que creer sin más todo cuanto os anuncio; sois amos de vuestro espíritu, de vuestro corazón, de vuestros pensamientos, de vuestros sentimientos. Jesucristo murió por todos, como es sabido, la gracia les toca a todos. Si no tenéis contricción, tenéis atricción; si os falta atricción; tenéis vuestras fuerzas propias, más las mías.

Un jansenista: (llegando) Mentis, hijo de Escobar y de la perdición; estás predicando el error y la mentira. No, Jesús sólo murió por unos cuantos; a pocos les toca la gracia; la atricción es necesidad; las fuerzas de los chinos son nulas y vuestras plegarias son blasfemias, pues Agustín y Pablo...

El jesuita: ¡Callaos, herético; idos, enemigo de San Pedro! Hermanos míos, no escuchéis a este innovador que cita a Agustín y a Pablo, y acudid todos a que os bautice.

El jansenista: ¡Guardaos de ello, hermanos míos! No os dejéis bautizar por mano de un molinista, que os con-

denaríais a todos los diablos. Os bautizaré dentro de un año, cuando menos, cuando os haya enseñado lo que es la gracia.

El cuáquero: ¡Ah, hermanos! que no os bautice ni la pata de este zorro ni la garra de este tigre! Creedme, más vale no estar bautizado; nosotros así lo acostumbamos. Puede que el bautismo tenga su mérito, pero muy bien puede prescindirse de él. Lo único que hace falta es estar animado por el Espíritu. Basta con esperarlo, que acudirá, y en un instante sabréis más de lo que estos charlatanes conseguirían decir en su vida entera.

El anglicano: ¡Ay, ovejas mías, qué monstruos acuden a devoraros! Queridas ovejas, ¿no sabéis que la Iglesia anglicana es la única Iglesia pura? Nuestros capellanes acudidos a beber ponche en Cantón ¿no os lo han dicho?

El jesuita: Los anglicanos son desertores; han renunciado a nuestro papa, y el papa es infalible.

El luterano: Vuestro papa es un asno, como declaró Lutero. Mis chinos queridos, reios del papa y de los anglicanos y de los molinistas y de los jansenistas y de los cuáqueros, no creáis sino a los luteranos: pronunciad sólo las palabras *in, cum, sub,* y bebed de lo mejor.

El puritano: Deploramos, hermanos míos, la ceguera de toda esta gente, y la vuestra. Pero, a Dios gracias, el Eterno ha ordenado que acudiérais a Pequin, el día señalado, a confundir a estos habladores; que me escucharíais y que cenaríamos juntos por la mañana, pues sabréis que en el cuarto siglo de la era de Dionisio el Exiguo...

El mulmán: ¡Ah, por la muerte de Mahoma, vaya discursos! Si cualquiera de estos perros sigue ladrando, les corto a todos las orejas, que por los preucios no me molestaría; será a vosotros, queridos chinos, a quienes circuncidaré. Os doy ocho días para prepararos, y si alguno de vosotros, después, pretende beber vino, se las verá conmigo.

El judío: ¡Ay, hijos, si queréis ser circuncidados, dadme la preferencia! Os dejaré beber todo el vino que queráis, pero si sois lo bastante impíos como para comer liebre, que, como sabéis, rumia y no tiene pie hendido, os haré pasar a cuchillo cuando sea yo el más fuerte, o, si lo preferís, os lapidaré, pues...

El chino: ¡Ah, por Confucio y los cinco King! ¿Han perdido el juicio todos éstos? Señor carcelero de los manicomios chinos, ¡a encerrar a todos estos pobres locos, cada uno en su celda! ✽

RELACIÓN

DE LA ENFERMEDAD, LA CONFESIÓN,
LA MUERTE Y LA APARICIÓN
DEL JESUITA BERTHIER
CON LA RELACIÓN DEL VIAJE
DEL HERMANO GARASSISE
Y LO QUE SE SIGUIÓ, EN ESPERA DE LO
QUE SE SEGUIRÁ

Fue el 12 de octubre de 1759 cuando el hermano Berthier viajó, por desgracia suya, de París a Versalles con el hermano Coutu, quien suele acompañarlo. Berthier llevaba en el coche algunos ejemplares del *Periódico de Trévoux* para obsequiarlos a sus protectores y protectoras; como la cama-

rera de la señora nodriza, un oficial de boca, uno de los mozos boticarios del rey, y otros varios señores que se fijan en los talentos. Por el camino, Berthier sintió algunas náuseas, se le cargó la cabeza y bostezó a menudo. —No sé qué me pasa —le dijo a Coutu—, nunca había bostezado tanto. —Reverendo Padre mio —contestó el hermano Coutu—, no es sino devolver lo mismo. —¿Cómo! ¿qué queréis decir con eso de devolver? —dijo el hermano Berthier. —Pues que también yo bostezo —dijo el hermano Coutu— y sin saber por qué, pues no he leído nada en todo el día, ni me habéis hablado desde que os acompaño de camino. —Diciendo lo cual, el hermano Coutu bostezó más que nunca. Berthier replicó con bostezos que no tenían fin. El cochero miró atrás y, viéndolos bostezar así, empezó a bostezar también; el mal alcanzó a todos los que pasaban: se bostezó en todas las casas cercanas. ¡En tal grado basta a veces la mera presencia de un sabio para influir sobre los hombres!

Con todo, Berthier fue presa de un sudorcillo frío. —No sé qué me pasa —decía—, pero me siento helado. —Ya lo creo —respondió el hermano acompañante. —¿Lo creéis? —replicó Berthier— ¿qué queréis decir? —Pues que también me estoy helando —dijo Coutu. —Voy a dormirme —dijo Berthier. —No me sorprende —dijo el otro. —¿Y por qué? —dijo Berthier. —Porque voy a dormirme también —dijo el acompañante. Y ahí están, presas ambos de una afección soporífica y letárgica, y en tal estado se detuvieron ante la puerta de las campanas de Versalles. El cochero, al abrir la portezuela, quiso arrancarlos de aquel profundo sueño, pero sin conseguirlo. Se pidió socorro. El acompañante, que era más robusto que el hermano Berthier, dio algunas señales de vida, pero Berthier estaba más frío que nunca. Algunos médicos de la corte, que volvían de comer, pasaron junto al coche; les rogaron echar una ojeada al enfermo. Uno, después de tomarle el pulso, se alejó diciendo que no se ocupaba ya de medicina desde que estaba en la corte. Otro, habiéndolo considerado más atentamente, declaró que el mal procedía de la vesícula de la hiel, siempre demasiado llena; el tercero aseguró que todo provenía del cerebro, que estaba demasiado vacío.

Mientras razonaban, el paciente empeoraba, las convulsiones empezaban a mostrar signos funestos, y ya los tres dedos con los que se coge la pluma estaban muy encogidos, cuando un médico principal, que había estudiado con Mead y Boerhaave y sabía más que los demás, le abrió la boca a Berthier con un pistero y, luego de reflexionar atentamente sobre el olor que exhalaba, declaró que estaba envenenado.

Al oírlo, todo mundo protestó. —Sí, señores —continuó—, envenenado; basta con palparle la piel para notar que las exhalaciones de un veneno frío se le han insinuado por los poros, y sostengo que tal veneno es peor que una mixtura de cicuta, heléboro negro, opio, hiebra mora y beleño. Cochero, ¿no traerías en el carro algún paquete para nuestros boticarios? —No, señor —respondió el cochero—, éste es el único bulto, que puse por orden del Reverendo Padre. Escarbó en el cofre y sacó dos docenas de ejemplares del *Periódico de Trévoux*. —Y bien, señores —exclamó aquel gran médico—, ¿estaba yo equivocado?

Todos los presentes admiraron su prodigiosa sagacidad; cada quién reconoció el origen del mal. Fue quemado en el acto, bajo las narices del paciente, el paquete pernicioso y,

atenuadas las partículas densas por acción del fuego, Berthier se alivió un tanto, si bien, como el daño había avanzado mucho y la cabeza estaba atacada, el peligro seguía en pie. Al médico se le ocurrió hacerle tragar una página de la *Enciclopedia* en vino blanco, para remover los humores de la bilis espesada; resultó una copiosa evacuación, pero la cabeza continuaba horriblemente pesada, continuaban los vértigos, las contadas palabras que lograba articular carecían de sentido. Pasó dos horas en este estado, tras de lo cual no hubo más remedio que hacerle confesarse.

Dos sacerdotes paseaban por la calle de los Recoletos, y los llamaron. El primero se negó: —No quiero —dijo— encargarme del alma de un jesuita, es demasiado escabroso; prefiero no tener que ver con esa gente, ni para los asuntos de este mundo ni para los del otro. Confiese a un jesuita quien quiera, que lo que es yo, no. El segundo no fue tan remilgado. —Emprenderé esta operación —dijo—; de todo puede sacarse partido.

En el acto fue conducido a la alcoba adonde acaban de transportar al enfermo, y como Berthier no podía aun hablar con claridad el confesor decidió interrogarlo. —Reverendo Padre mio —empezó—, ¿creéis en Dios? —Rara pregunta ésa —dijo Berthier. —No tanto —replicó el otro—; hay creer y creer. Para estar seguro de creer como es debido, es necesario amar a Dios y al prójimo. ¿Los amáis sinceramente? —Distingo —dijo Berthier. —No hay distingos, os lo ruego —repuso el confesor—; no hay absolución si no comenzáis por estos dos deberes. —¡Bueno, sí! —dijo el confesado—, ya que me obligáis: amo a Dios y a mis prójimos como puedo.

—¿No habéis leído a menudo malos libros? —dijo el confesor. —¿qué llamáis malos libros? —preguntó el confesado. —No me refiero —dijo el confesor— a los libros sencillamente aburridos, como la *Historia romana* de los hermanos Catrou y Rouillé, o las tragedias de vuestros colegios, o vuestros libros intitulados *De las bellas letras*, o la *Luisiada* de vuestro Lemoine, o los versos de vuestro Ducerceau acerca de la salsa verde y sus nobles estrofas sobre el mensajero del Mans, y el agradecimiento al duque del Maine por los patés, y vuestro *Pensado bien* y demás finezas del bello espíritu monástico; me refiero a las imaginaciones del hermano Bougeant, condenadas por el parlamento y por el arzobispo de París; me refiero a las gentilezas del hermano Berruyer, que convirtió el Antiguo y el Nuevo Testamento en una novela de callejuela al gusto de la *Clelia*, tan justicieramente reprobado en Roma y en Francia; me refiero a la teología del hermano Busembaum y del hermano Lacroix, que tan elevadamente insistieron en todo lo que habían escrito el hermano Guignard y el hermano Gueret y el hermano Garnet y el hermano Oldcorn y tantos más; me refiero al hermano Jouvency, que compara sutilmente al presidente de Harlay con Pilato, al parlamento con los judíos y al hermano Guignard con Jesucristo, porque un ciudadano demasiado arrebatado, aunque penetrado de justo horror contra un profesor del parricidio, decidió escupirle a la cara al hermano Guignard, asesino de Enrique IV, en el tiempo en que aquel monstruo impenitente se negaba a pedir perdón al rey y a la justicia; me refiero, en fin, a esa multitud innumerable de casuistas vuestros, a quienes el elocuente Pascal trató demasiado bien, sobre todo a vuestro Sánchez, quien en su libro *De ma-*

trimonio acopió todo lo que el Aretino y el Portero de los Cartujos habrían temblado diciéndolo. Por poco que hayáis leído tales cosas, estáis en gran riesgo respecto a vuestra salvación. —Distingo —respondió el interrogado. —No hay distinción que valga, una vez más —siguió el interrogador—. ¿Habéis leído todos esos libros, sí o no? —Señor —dijo Berthier—, tengo derecho de leerlo todo, en vista del puesto eminente que ocupo en la Compañía. —¡Vaya! ¿y cuál es pues ese alto puesto? —dijo el confesor. —Pues bien —respondió Berthier—, soy yo, para que lo sepáis, quien es autor del *Periódico de Trévoux*.

—¡Cómo! ¿sois vos el autor de ese libro que hace condenarse a tanta gente? —Señor, señor, mi libro no condena a nadie; ¿en qué pecado podría hacer caer, os lo ruego? —¡Ay, hermano! —replicó el confesor— ¿ignoráis que quienquiera llame a su hermano *raca* merecerá gehena de fuego? Pues bien, tenéis la desgracia de empujar a quienquiera os lee a la tentación de llamarlos *raca*; ¡cuánta gente no he visto que, con sólo leer dos o tres páginas de vuestro libro, lo tiraban a la lumbre, encendidos de rabia! ¡Qué impertinencia de autor!, decían, ¡qué ignorante, qué bruto, qué pedante, qué bestia! Era cuento de nunca acabar, el espíritu de caridad se les apagaba por completo y evidentemente su salvación estaba en peligro. ¡Juzgad de cuántos males habéis sido motivo! Quizás haya cincuenta personas, o casi, que os leen, y son otras tantas almas que ponéis en peligro cada mes. Lo que excita sobre todo la cólera entre los fieles es esa confianza con la cual decidís a propósito de todo cuanto no entendéis. Semejante vicio tiene su visible fuente en dos pecados mortales: uno es el orgullo, el otro la avaricia. ¿No es verdad que elaboráis vuestro libro por dinero, y que os domina la soberbia cuando criticáis en mala hora al abate Velly y al abate Coyer y al abate D'Olivet y a todos nuestros buenos autores? No puedo daros la absolución mientras no hagáis el firme propósito de nunca trabajar más en vuestra vida en el *Periódico de Trévoux*."

El hermano Berthier no sabía qué responder; no tenía la cabeza bien libre y se aferraba tenazmente a sus dos pecados favoritos. —¡Y bien! —dijo el confesor— ¿vaciláis? Pensad que en pocas horas todo va a terminar para vos. ¿Es posible apegaros aún a sus pasiones cuando hay que renunciar para siempre a satisfacerlas? ¿Os preguntarán el Día del Juicio si habéis logrado o no elaborar el *Periódico de Trévoux*? ¿fue para eso para lo que nacisteis? ¿para aburrirnos hicisteis voto de castidad, humildad y obediencia? ¡Árbol seco, árbol encanijado, que vais a ser reducido a cenizas, aprovechad el momento que os queda, dad todavía frutos de penitencia; detestad sobre todo el espíritu de calumnia que os ha poseído hasta la fecha; tratad de tener tanta religión como aquellos a quienes acusáis de carecer de religión. Sabed, hermano Berthier, que la piedad y la virtud no consisten en creer que, habiendo vuestro Francisco Javier dejado caer al mar su crucifijo, un cangrejo acudió humildemente a devolvérselo. Puede uno ser gente decente y dudar que el susodicho Javier estuviese en dos sitios al mismo tiempo, lo dirán vuestros libros, pero hermano, es legítimo no creer nada de lo que ponen vuestros libros.

"A propósito, hermano, ¿no habréis escrito al hermano Malagrida y sus cómplices? Ya se me estaba olvidando este pecadillo: ¿creéis de veras que, porque otrora sólo le costó

un diente a Enrique IV y hoy sólo le cuesta un brazo al rey de Portugal, conseguiréis salvarlos con la dirección de intención? Pensáis que se trata de pecados veniales y, con sólo que salga adelante el *Periódico de Trévoux*, poco os importa lo demás.

"—Distingo, señor —dijo Berthier. —¡Y duro con los distingos! —exclamó el confesor—. Pues bien, yo no distingo nada, y os niego en redondo la absolución."

Mientras decía estas palabras, llega el hermano Coutu apresurado, ahogándose, sudando, jadeando, hediendo. Se había informado sobre quién tenía el honor de confesar a su Reverendo Padre. —¡Alto ahí, alto —gritó—, nada de sacramentos, querido Reverendo Padre mio! nada de sacramentos, os conjuro, querido Reverendo Padre Berthier, morid sin sacramentos, que estáis con el autor de las *Nuevas eclesiásticas*, es el zorro confesándose con el lobo: estáis perdido si habéis dicho la verdad."

El pasmo, la vergüenza, el dolor, la cólera, la rabia reanilaron entonces por un momento los ánimos del paciente. —¡Sois el autor de las *Nuevas eclesiásticas* —exclamó— y habéis atrapado a un jesuita! —Sí, amigo mio —respondió el confesor con una sonrisa amarga. —¡Devuélveme mi confesión, pillor! —dijo Berthier— devuélveme en el acto mi confesión. ¡Ah, así que eres tú, enemigo de Dios, de los reyes y hasta de los jesuitas, eres tú quien acude para abusar del estado en que me hallo! ¡traidor, ojalá sufrieras una apoplejía para poder darte la extremaunción! ¡Así que te crees menos aburrido y menos fanático que yo? Sí, he escrito tonterías, lo reconozco; me he hecho desdeñable y odioso, lo confieso; pero ¿no eres tú el más bajo y el más execrable de todos los embadurnadores de papeles, a quienes la demencia puso la pluma en la mano? ¡Atrevete a decirme que tu *Historia de las convulsiones* no vale con creces lo que nuestras *Cartas edificantes y curiosas*! Queremos dominar por doquier, lo acepto, pero tú lo que quisieras es enredarlo todo. Queríamos seducir todos los poderes, pero tú quisieras excitar la sedición en contra de ellos. La justicia mandó quemar nuestros libros, de acuerdo, pero ¿no mandó quemar también los tuyos? Todos estamos encarcelados en Portugal, es cierto, pero ¿no os ha perseguido cien veces la policía a ti y a tus cómplices? Si he cometido la tontería de escribir contra hombres esclarecidos que desdeñaban hasta aplastarme, ¿no has sido tú igual de impertinente? ¿No nos ridiculizan a ambos por igual? ¿no debemos reconocer que en este siglo, alcantarilla de los siglos, somos ambos los más viles insectos entre todos los insectos que zumban en medio del fango de este estercolero?" He aquí lo que la fuerza de la verdad arrancaba a la boca del hermano Berthier. Hablaba como un inspirado; sus ojos, ardiendo en fuego sombrío, rodaban extraviados; torcía la boca que la espuma cubría, su cuerpo se atiesaba, palpitaba su corazón; muy pronto un desfallecimiento general sucedió a aquellas convulsiones y entonces estrechó tiernamente la mano del hermano Coutu. "Reconozco —dijo— que hay hartas pobreza en mi *Periódico de Trévoux*, pero debe excusarse la debilidad humana. —¡Ah, reverendo padre, sois un santo! —replicó el hermano Coutu— sois el primer autor que jamás haya reconocido ser fastidioso. Vamos, morid en paz; reios de las *Nuevas eclesiásticas*; morid, reverendo padre, y tened por seguro que haréis milagros."

Así transitó de esta vida a la otra el hermano Berthier el 12 de octubre, a las cinco y media de la tarde.

**APARICIÓN DEL HERMANO BERTHIER
AL HERMANO GARASSISE
CONTINUADOR DEL PERIÓDICO DE TRÉVOUX**

El 14 de octubre yo, el hermano Ignace Garassise, sobrino nieto del hermano Garasse, hallándome despierto unas dos horas después de la medianoche, tuve una visión, y hete aquí que veo acercarse el fantasma del hermano Berthier, por lo cual sucumbí al más largo y terrible bostezo que jamás experimentaré. —¿Estáis pues muerto, reverendo padre? —le pregunté. Bostezando, me hizo con la cabeza un signo queriendo decir que sí. —Tanto mejor —le dije—, pues sin duda Vuestra Reverencia se cuenta entre los santos; debéis ocupar uno de los primeros lugares. ¡Qué placer veros en el cielo con todos nuestros hermanos presentes, pasados y venideros! ¿Verdad que son unos cuatro millones de cabezas aureoladas desde la fundación de nuestra Compañía hasta nuestro tiempo? No creo que haya tantas donde los padres del Oratorio. Hablad, reverendo padre, no bostecéis y dadme noticias de vuestros gozos.

—¡Oh hijo mío! —dijo el hermano Berthier con voz lúgubre — ¡cuánto erráis! ¡Ay, el Paraíso abierto a Filagio está cerrado para nuestros padres! —¿Es posible? —exclamé. —Sí, —dijo él—, guardaos de los vicios perniciosos que nos condenan y, sobre todo, cuando trabajéis en el *Periódico de Trévoux*, no me imitéis, no seáis ni calumniador, ni mal razonador, ni sobre todo aburrido, como tuve la desdicha de serlo y que de todos los pecados es el más imperdonable.”

Fui presa de un santo horror al escuchar las espantosas palabras del hermano Berthier. —¿Os habéis condenado, pues? —grité. —No —replicó—, me arrepentí felizmente en el último momento; voy a estar en el purgatorio trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres años, tres meses, tres semanas y tres días, y sólo saldré cuando aparezca alguno de nuestros hermanos que sea humilde, pacífico, que no desee ir a la corte, que no calumnie a nadie junto a los príncipes, que no se meta en asuntos mundanos; que, cuando escriba libros, no haga bostezar a nadie, y que me aplique todos sus méritos.

—¡Ay, hermano! —le dije— cuán largo va a ser vuestro purgatorio. Y decidme, os lo ruego, ¿cuál es vuestra penitencia en ese purgatorio? —Estoy obligado —respondió— a hacerle todas las mañanas el chocolate a un jansenista; durante la comida me hacen leer en voz alta una Carta provincial, y el resto del tiempo me ponen a zurcir las camisas de las religiosas de Port-Royal. —¡Me hacéis temblar! —le dije— ¿qué ha sido de nuestros Padres, que me inspiraban tan gran veneración? ¿dónde está el Reverendo Padre Le Tellier, aquel jefe, aquel apóstol de la Iglesia galicana? —Está condenado sin misericordia —me contestó el hermano Berthier—, y bien que lo mereció: engañó a su rey, encendió la antorcha de la discordia, fingió cartas de obispos y persiguió de la manera más cobarde y más arrebataada al más digno arzobispo que haya tenido nunca la capital de Francia; fue condenado irremisiblemente como falsario, calumniador y perturbador del reposo público; fue sobre todo él quien nos

perdió, fue él quien redobló en nosotros esa manía que nos hace ir al infierno a centenares y a millares. Creímos, porque el hermano Le Tellier tenía crédito, que todos debíamos tenerlo; nos imaginamos, porque engañó a su penitente, que debíamos engañar a todos los nuestros; creímos, porque uno de sus libros había sido condenado en Roma, que no debíamos hacer sino libros que debiesen ser condenados también; y para remate hicimos el *Periódico de Trévoux*.”

Mientras me hablaba, yo me apoyaba sobre el lado izquierdo, luego del derecho, hasta que me alcé sobre el trasero y exclamé: “¡Oh querido purgatorio! ¿qué debe hacerse para evitar el estado en que os halláis? ¿cuál es el pecado que más debe temerse?”

Berthier abrió entonces la boca y dijo: —Al pasar por el infierno, camino al purgatorio, me metieron en la caverna de los siete pecados capitales, que está a la izquierda del vestibulo. Empecé por dirigirme a la Lujuria: es una mujerona gorda, fresca y apetitosa; estaba echada en un lecho de rosas, tenía el libro de Sánchez a los pies y a un joven abate al lado. Le dije: —Señora, no sois, por lo que se ve, quien condena a nuestros jesuitas. —No —contestó—, no tengo tal honor; tengo, a decir verdad, un hermanito que se había apoderado del abate Desfontaines y de algunos otros de su especie mientras portaban el hábito, pero en general no me meto en vuestras cosas; la voluptuosidad no se hizo para todos.”

“La Avaricia estaba en un rincón, pesando hierba del Paraguay contra oro. —¿Sois vos, señora, quien disfruta de mayor crédito entre nosotros? —No, reverendo padre, sólo condeno a unos cuantos de vuestros padres procuradores. —¿Seríais vos? —le dije a la Cólera. —Dirigios a otros; soy transitoria, entro en todos los corazones pero no me quedo; mis hermanas ocupan en seguida el lugar. Me dirigí entonces hacia la Gula, sentada a la mesa. —En cuanto a vos, señora —le dije—, bien sé, gracias a nuestro hermano cocinero, que no sois quien pierde nuestras almas. Tenía la boca llena y no pudo contestarme, pero moviendo la cabeza me dio a entender que no éramos dignos de ella. La Pereza descansaba sobre un canapé, medio dormida. No quise despertarla; me figuré de sobra cuánta aversión sentiría hacia quienes, como nosotros, corren por el mundo entero.

“Descubrí a la Envidia, en un rincón, royendo los corazones de tres o cuatro poetas, de algunos predicadores y de cien autores de impresos. Tenéis en verdad aire —le dije— de participar mucho en nuestros pecados. —¡Ah, Reverendo Padre —dijo—, sois demasiado amable: ¿cómo gente con tan buena opinión de sí misma iba a recurrir a una pobre desventurada como yo, que no tiene sino pellejo y huesos? Dirigios a mi señor padre.”

“Efectivamente, su padre estaba al lado, en un sillón, vestido con un hábito forrado de armiño, alta la cabeza, desdenosa la mirada, rojas las mejillas, repletas y colgantes. Reconoci al Orgullo y me prosterné; era el único ser ante quien pudiera hacerlo. —Perdón, Padre —le dije—, si no empecé por dirigirme a vos; siempre os he llevado en el corazón, si, sois quien nos gobernáis a todos. El más ridículo escritor, así fuese el autor del *Año literario*, es inspirado por vos, ¡oh magnífico diablo! Sois quien reina sobre el mandarín y sobre el mercachifle, sobre el gran lama y sobre el capuchino, sobre la sultana y sobre la burguesa; pero nues-

tros Padres son vuestros primeros favoritos: vuestra divinidad resplandece en nosotros a través de los velos de la política; siempre he sido el más orondo de vuestros discípulos y hasta siento que os amo todavía.' Respondió a mi himno con una sonrisa protectora, y en el acto fui trasladado al purgatorio."

Aquí termina la visión del hermano Garassise. Renunció al *Periódico de Trévoux*, pasó a Lisboa, donde tuvo largas conferencias con el hermano Malagrida, y de allí se fue al Paraguay. ✽

RELACIÓN

DEL VIAJE DEL HERMANO GARASSISE,
SOBRINO DEL HERMANO GARASSE,
SUCESOR DEL HERMANO BERTHIER,
Y LO QUE SE SIGUIÓ, EN ESPERA
DE LO QUE SE SEGUIRA

El año 1760 de nuestra salvación, el 14 de enero, llegó de Lisboa a París el hermano Garassise, por la posta sobre sus nalgas, y echó pie a tierra en el colegio de Clermont, llamado, abusivamente, de Luis el Grande, y tocaron la campana, y el R.P. provincial reunió su consejo, compuesto del R.P. espiritual, del R.P. rector, del R.P. principal, de tres R.P. asistentes y del R.P. Croust, confesor en la corte.

Y el hermano Garassise informó en estos términos del éxito de su viaje, ante dicha venerable asamblea:

En el nombre de San Ignacio. Al llegar por la noche a la ciudad de Lisboa, en servicio de la Compañía, he aquí que el cielo se entreabrió y que dos santos de nuestra orden descendieron, a los cuales santos no pude reconocer, dada la enorme cantidad que poseemos; y tenían los ojos más agudos, y las orejas más largas, y las manos más ganchudas que los demás hombres; y uno de ellos me dijo: "—Garassise, sobrino de Garasse, corre a la cárcel de los Leones, donde está encerrado el hermano Malagrida, y le hablarás, y te dirá cosas." Y yo le dije: "—¿Cómo queréis que vaya a la cárcel de los Leones y que el hermano Malagrida me diga cosas si no tengo las llaves y la cárcel de los Leones está cargada por la Santa Hermandad?" Y el santo me respondió: "—Estaremos contigo y las puertas se abrirán." Y respondí a los dos santos: "—¿Por qué no fuisteis vosotros mismos y por qué no sacasteis al hermano Malagrida de la cárcel de los Leones?" Y uno de ellos me dijo: "—Qué curioso eres, ¿no sabes que los santos no pueden hacerlo todo? Obedece y ve."

Obedecí y fui, y he aquí que las puertas de la prisión se abrieron. Me prosterné ante el hermano Malagrida, besé sus cadenas y le dije: "—¿Por qué estáis aquí?" Me respondió: "—Para alcanzar mi salvación. —¿Os colgarán? —indagué. —No tengo idea —dijo él. —Prevalcieron los malos contra vos —añadi. —Bendito sea San Ignacio —añadió él—. Habéis venido a consumir la obra; tomad lo que voy a daros, llevadlo a quiénes os enviaron, y que lo conserven con cuidado para cuando haga falta."

Sacó entonces de entre los pliegues de su ropa un cuchillito que la Santa Hermandad nunca había descubierto, y lo puso en mis manos, y le dije: "—Hermano, ¿de dónde habéis sacado este cuchillito tan lindo?" Entonces, alzando los ojos al cielo entre suspiros, dijo: "—Este santo instrumen-

to siempre estuvo en nuestra orden; lo recibí del hermano Lacroix, quien lo recibió del hermano Lessius, quien lo recibió del hermano Mariana, quien lo recibió del hermano Busembaum, quien lo recibió de los hermanos Oldcorn y Carnet, quiénes lo recibieron de los hermanos Guignard y Gueret, quiénes lo recibieron de los hermanos Créton y Campion, quiénes lo recibieron del hermano Matthieu, correo de la Liga. Es una de las más santas reliquias que poseemos, y quienquiera de nosotros tenga la dicha de poseerlo corre la suerte de ser colgado y de ir al paraíso." Tomé humildemente la reliquia, la guardé en mi calzón y exclamé: "—Ah hermano" ¿cómo es posible que con tan potente reliquia hayáis hecho tan pocos milagros?" Me dijo entonces: "—Mira, te confío todos los secretos de la santa empresa; están en este paquete sellado, que habrás de llevar al provincial de tu provincia, a fin de que todo se consume."

Y entonces el hermano Garassise puso humildemente sobre la mesa el paquete sellado, y lo abrieron y leyeron estas cosas:

"Cómo los hermanos jesuitas habían hecho que por causa de Dios la horda del Santo Sacramento se rebelase contra su rey legítimo.

"Cómo los hermanos jesuitas habían excitado una sedición en el Brasil para restablecer la unión y la paz.

"Cómo los hermanos jesuitas habían tomado medidas para enviar al rey de Portugal a dar cuenta de sus acciones a Dios.

"Cómo los hermanos jesuitas fueron expulsados de Portugal por las leyes humanas contra las leyes divinas.

"Cómo los hermanos Malagrida, Mathos y Alexandre no han recibido todavía la corona del martirio, que todo mundo les desea."

Habiendo leído el R.P. provincial el contenido de todos estos artículos, y habiendo deliberado la asamblea sobre este negocio, el R.P. procurador se levantó y dijo: "—Esto es entretenerse con cosas de nada y que carecen de toda importancia. Aun cuando este cuchillo, que reverencio como debo, hiciera nuevos milagros, eso no nos daría de qué vivir; aun cuando cuelguen al hermano Malagrida, al hermano Mathos y al hermano Alexandre, no ganaremos ni un escudo; hemos perdido la mitad de nuestros escolares; nuestros libros no se venden; somos odiados y despreciados; el gran Berthier ha muerto; los libreros ya no nos dan dinero, y ya no hay entre nosotros nadie capaz de trabajar en el *Periódico de Trévoux*. Berruyer estaba a la altura, pero la muerte nos arrebató a aquel gran hombre. Griffet podría ayudarnos, pero se ocupa en alargar la Historia del hermano Daniel, y aunque no esté más enterado el hermano Daniel de las leyes del reino, de los derechos de los diferentes cuerpos, de las libertades de la Iglesia galicana, de la antigua caballería, de los Estados del reino y de los antiguos parlamentos, no obstante sigue escribiendo y no puede decidirse a continuar nuestro *Periódico*. ¿Qué partido tomaremos, Reverendos Padres?"

El R.P. espiritual se levantó y profirió estas palabras: "—Nos hace falta dinero; arrendemos el *Periódico de Trévoux* a algún siervo de Dios conocido en París." Uno de los asistentes dijo: "—Propongo al célebre Abraham Chaumeix" —pero por pluralidad de voces se concluyó que era imposible fiarse de aquel hombre, en vista de que había cambiado demasiado a menudo de profesión, pues de vina-

grero pasó a carretero, de carretero a buhonero, de buhonero a jesuita, de jesuita a maestro de escuela, de maestro de escuela a convulsionario, hasta acabar haciéndose crucificar el 2 de marzo de 1750 en la calle Saint-Denis, enfrente de Saint-Leu, en el segundo piso; que no había, en fin, modo de confiar una carga tan importante como el *Periódico de Trévoux* a un escritor de tal madera, por grande hombre que por lo demás fuese.

El R.P. Croust empezó a opinar así: "*Pax Christi, shelmi*; ya que no podéis hacer vuestro maldito *Periódico de Trévoux* en francés, os aconsejo hacerlo en alemán; no se os entenderá más que se os entendía antes y, por añadidura, la lengua alemana se presta mucho mejor a las injurias que vuestra cochina lengua franca, demasiado afeminada." La asamblea rió y Croust blasfemó de Dios en alemán.

Estando la asamblea en estos apuros, entró de repente maese Aliboron, llamado Fréron, de la academia de Angers. "—Mis Reverendos Padres —dijo—, conozco vuestra pena. Fui jesuita y me echasteis, no soy sino una jarra de vuestra vajilla, que rompisteis, pero *servabit odorem testa diu*, como dice San Mateo. Soy más ignorante, más descarado, más mentiroso que nunca. Arrendadme el *Periódico de Trévoux* y os pagaré como pueda. —Amigo mio —dijo Croust—, verdad es que tenéis grandes cualidades, pero se lee en Cicerón: 'No deis a los perros el pan de los hijos de la casa', y en otro sitio que no recuerdo dice: 'He venido a salvar mis lobos de los dientes de mis ovejas'. Id, maese, que ganáis bastante aullando y ladrando en vuestro agujero; seguid."

El hermano Garassise, que no había hablado aún, se levantó y dijo: "—Reverendos Padres mio, no es justo, en efecto, que sea preferido un apóstata a los hijos de la casa. Fui elegido por el hermano Berthier, de tediosa memoria, quien me transmitió, bostezando, el empleo de periodista. Sólo lo he abandonado para cumplir con el santo encargo de ir junto al hermano Malagrida. Trabajaré en el *Periódico de Trévoux* hasta el momento en que pueda ir a cumplir vuestras órdenes al Paraguay. Os he traído el cuchillito del hermano Malagrida; tengo la pluma de Berthier, poseo la insipidez de Catrou, las antitesis de Porée, la sequedad de Daniel. Pido lo que me corresponde como precio de mis servicios."

Tras estas palabras, la asamblea le otorgó unánimemente el periódico. Él lo escribió, y en París se bostezó más que nunca.

N.B.- Está en prensa el contenido del proceso de los hermanos Malagrida, Mathos y Alexandre, y el diario de todo lo acontecido en el Paraguay de cinco años a esta parte, enviado por el gobernador del Brasil a la corte de Lisboa: son dos piezas auténticas con las cuales concluiremos estas relaciones, que compondrán un volumen útil y edificante. Hasta se podrán añadir algunas observaciones para beneficio del prójimo. ✽

PLÁTICAS ENTRE UN SALVAJE Y UN BACHILLER

PRIMERA PLÁTICA

Un gobernador de Cayena trajo un día de la Guayana a un salvaje que había nacido con harto buen sentido y hablaba

bastante bien el francés. Un bachiller de París tuvo el honor de sostener con él esta conversación.

El bachiller: Señor salvaje, sin duda habéis visto a muchos de los vuestros pasar la vida solos, pues tal se dice que es la auténtica vida del hombre y que la sociedad no es sino una depravación artificial.

El salvaje: No he visto nunca semejante gente: el hombre me parece nacido para la sociedad, como varias especies de animales; cada especie sigue su instinto; entre los míos todos vivimos en sociedad.

El bachiller: ¡Cómo! ¿en sociedad! ¿Tenéis pues bellas ciudades amuralladas, reyes rodeados de su corte, espectáculos, conventos, universidades, bibliotecas, tabernas?

El salvaje: No. ¿Acaso no he oído decir que en vuestro continente tenéis árabes y escitas que jamás han poseído todo eso, pero forman no obstante naciones considerables? Nosotros vivimos como ellos. Las familias vecinas se auxilian. Habitamos una comarca caliente, donde tenemos pocas necesidades; nos es fácil procurarnos alimento; nos casamos, hacemos hijos, los criamos, nos morimos. Igual que entre vosotros, ceremonias más, ceremonias menos.

El bachiller: Pero, señor, ¿no sois salvaje entonces?

El salvaje: No sé qué entendéis por esa palabra.

El bachiller: A decir verdad, yo tampoco; voy a tener que pensarlo. Llamamos salvaje a un hombre de mal humor y que huye de la compañía.

El salvaje: Ya os he dicho que vivimos juntos en nuestras familias.

El bachiller: También llamamos salvajes a los animales que no están amansados y que recorren los bosques; partiendo de ellos hemos llamado salvaje al hombre que vive en los bosques.

El salvaje: Voy a los bosques como vosotros cuando cazáis.

El bachiller: ¿Pensáis alguna vez?

El salvaje: No deja uno de tener una que otra idea.

El bachiller: Me inspira curiosidad saber qué ideas son las vuestras. ¿Qué pensáis del hombre?

El salvaje: Pienso que es un animal con dos pies, que posee la facultad de razonar, de hablar y de reír, y que usa las manos mucho más diestramente que el mono. Lo he visto de varias especies, blanco igual que vos, rojo como yo, negro como los que viven en casa del gobernador de Cayena. Vos tenéis barba, nosotros no; los negros tienen lana en tanto que vos y yo cabellos. Dicen que en vuestro norte todas las cabelleras son rubias; y todas son negras en nuestra América, y no sé nada más al respecto.

El bachiller: Pero ¿y vuestra alma, señor, vuestra alma? ¿qué noción tenéis de ella? ¿De dónde procede? ¿qué es? ¿qué hace? ¿cómo actúa? ¿adónde va?

El salvaje: No sé nada de eso; nunca la he visto.

El bachiller: A propósito, ¿creéis que los animales sean máquinas?

El salvaje: Me parecen máquinas organizadas, que tienen sentimientos y memoria.

El bachiller: Y vos, vos, señor salvaje, ¿qué imagináis poseer por encima de los animales?

El salvaje: Una memoria infinitamente superior, muchas más ideas y, según os dije ya, una lengua que forma incom-

parablemente más sonidos que la lengua de los animales; así como manos más diestras; más la facultad de reír, que un gran razonador me permite ejercitar.

El bachiller: Pero, os lo ruego, ¿cómo poseéis todo eso? ¿y de qué naturaleza es vuestro espíritu? ¿cómo vuestra alma anima vuestro cuerpo? ¿siempre pensáis? ¿es libre vuestra voluntad?

El salvaje: Vaya cantidad de preguntas. Me preguntáis cómo poseo lo que Dios se ha dignado conceder al hombre: es como si me preguntaseis cómo nací. Puesto que nací hombre, tengo por fuerza las cosas que constituyen el hombre, lo mismo que un árbol tiene corteza, raíces y hojas. Queréis que sepa de qué naturaleza es mi espíritu: yo no me lo di, y no puedo saberlo; cómo mi alma anima mi cuerpo: no estoy mejor enterado de esto. Me parece que hay que haber visto el primer resorte de vuestro reloj para juzgar cómo señala la hora. Me preguntáis si pienso siempre. No; a veces tengo ideas a medias, como cuando veo confusamente objetos desde lejos; en ocasiones tengo ideas más fuertes, como cuando veo un objeto más de cerca lo distingo mejor; otras veces no tengo en absoluto ideas, como cuando cierro los ojos no veo nada. Después me preguntáis si mi voluntad es libre. No os entiendo; son cosas que sin duda sabéis vos; me dará gusto si me las explicáis.

El bachiller: ¡Ah sí, claro! he estudiado todas esas materias; podría hablar de ello sin cesar un mes entero, que no entenderíais nada. Decidme siquiera, ¿conocéis lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto? ¿Sabéis cuál es el mejor de los gobiernos, el mejor culto, el derecho de gentes, el derecho público, el derecho civil, el derecho canónico? ¿cómo se llamaban el primer hombre y la primera mujer que poblaron América? ¿Sabéis con qué propósito llueve en el mar y por qué no tenéis barba?

El salvaje: A decir verdad, señor, abusáis un poco de mi confesión de tener más memoria que los animales; me es difícil recordar las preguntas que me habéis hecho. Habláis de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto: opino que todo lo que nos da placer sin perjudicar a nadie es muy bueno y muy justo, que lo que perjudica a los hombres sin causarnos placer es abominable, y que lo que nos causa placer perjudicando a los demás es bueno para nosotros de momento, muy peligroso para nosotros mismos y muy malo para el prójimo.

El bachiller: ¿Y con semejantes máximas vivís en sociedad?

El salvaje: Sí, con nuestros parientes y nuestros vecinos. Sin muchas penas ni congojas, alcanzamos tranquilamente nuestro centenar de años; algunos llegan a los ciento veinte, después de lo cual nuestro cuerpo fertiliza la tierra que lo nutrió.

El bachiller: Me parecéis tener buena cabeza y quiero trastornarosla. Vamos a comer juntos, después de lo cual seguiremos filosofando con método.

SEGUNDA PLÁTICA

El salvaje: He tragado alimentos que no me parecían hechos para mí, con todo y que tengo muy buen estómago. Me habéis hecho comer cuando ya no tenía hambre y beber cuando ya no tenía sed; mis piernas no están ya tan firmes

como antes de la comida, tengo la cabeza más pesada y mis ideas no son ya tan nítidas. En mi tierra jamás he experimentado tal disminución de mí mismo. Mientras más se mete uno aquí en el cuerpo, más pierde uno de su ser. Decidme, os lo ruego, cuál es la causa de este perjuicio.

El bachiller: Voy a deciroslo. Primeramente, con respecto a lo que os acontece en las piernas, nada sé, pero los médicos sí, y a ellos podéis dirigiros. En cuanto a lo que acontece en vuestra cabeza, lo sé muy bien; escuchad. El alma, como ocupa lugar ninguno, reside en la glándula pineal, o en el cuerpo caloso, en medio de la cabeza. Los espíritus animales que se elevan desde el estómago, suben al alma, que no pueden tocar porque son materia y ella no lo es. Ahora bien, como no pueden actuar lo uno sobre lo otro, eso provoca que el alma reciba la impresión de aquellos y, como es simple, y por consiguiente no puede experimentar ningún cambio, ello hace que cambie, que se torne pesada, embotada, cuando se ha comido demasiado; de ahí que varios grandes hombres duerman después de comer.

El salvaje: Lo que me decís me suena muy ingenioso y muy profundo. Hacedme el favor de proporcionarme alguna explicación que esté a mi alcance.

El bachiller: Os he dicho todo lo que puede decirse acerca de este gran asunto, pero, en favor vuestro, voy a extenderme otro poco. Vayamos por partes: ¿sabéis que este mundo es el mejor de los mundos posibles?

El salvaje: ¿Cómo! ¿al Ser infinito le es imposible hacer algo mejor que esto que vemos?

El bachiller: De cierto, y lo que vemos es lo mejor que puede haber. Es de sobra verdad que los hombres se desvalijan y se degüellan, pero siempre es haciendo el elogio de la equidad y la dulzura. En un tiempo fue exterminada una docena de millones de vosotros, americanos, pero era para volver razonables a los demás. Un calculador ha verificado que, desde cierta guerra de Troya que no conocéis hasta la de Acadia, que sí conocéis, han sido muertos, en batallas campales, por lo menos quinientos cincuenta y cinco millones seiscientos cincuenta mil hombres, sin contar niños pequeños ni mujeres aplastados en ciudades reducidas a cenizas, pero fue por el bien público; cuatro o cinco mil enfermedades crueles a las cuales están sometidos los hombres permiten conocer el valor de la salud, y los crímenes de que la tierra está cubierta realzan de maravilla el mérito de los hombres piadosos, entre los cuales me cuento. Ya veis que todo marcha del mejor modo del mundo, al menos para mí. Pero las cosas no podrían guardar esta perfección si el alma no residiese en la glándula pineal. Pues... vayamos despacio: ¿qué idea tenéis de las leyes, y de lo justo y lo injusto, y de lo bello, y de más cómodo: *tò kalón*, como dice Platón?

El salvaje: Pero, señor, yendo despacio me habláis de cien cosas a la vez.

El bachiller: Conversando, no se puede hablar de otro modo. Vamos a ver, decidme, ¿quién hizo las leyes en vuestra tierra?

El salvaje: El interés público.

El bachiller: Esa expresión dice mucho; no conocemos otra más enérgica. ¿Cómo la entendéis, os lo ruego?

El salvaje: Entiendo que quienes poseían cocoteros y maíz prohibieron echar mano de ello a los otros, de modo

que quiénes no tenían fueron obligados a trabajar para tener derecho a comer una parte. Todo lo que he visto en mi tierra y en la vuestra me enseña que no hay otro espíritu de las leyes.

El bachiller: Pero las mujeres, señor salvaje, ¿y las mujeres?

El salvaje: ¿Las mujeres? Bueno, pues me agradan mucho cuando son hermosas y tiernas. Son harto superiores a nuestros cocoteros; son un fruto que no queremos que otros toquen: nadie tiene más derecho de quitarme mi mujer que de quitarme mi hijo. Hay, según dicen, pueblos que lo encuentran bien; son muy libres de ello, cada cuál hace con su bien lo que le place.

El bachiller: Pero ¿y las sucesiones, los repartos, los herederos, los colaterales?

El salvaje: Hay que legar, por fuerza. No puedo seguir poseyendo mi campo cuando me han enterrado en él, así que se lo dejo a mi hijo y, si tengo dos, se lo reparten. Me entero de que entre vosotros, en muchos lugares, las leyes le dejan todo al mayor y nada a los menores; fue el interés el que dictó esa ley extravagante; se diría que la establecieron los primogénitos, o que los padres quisieron que éstos dominasen.

El bachiller: ¿Cuáles son, a vuestro juicio, las mejores leyes?

El salvaje: Aquellas donde más se ha consultado el interés de todos los hombres, mis semejantes.

El bachiller: ¿Y dónde se hallan parecidas leyes?

El salvaje: En ningún lado, por lo que he oído decir.

El bachiller: Es menester que me digáis de dónde llegaron a vuestros rumbos los hombres. ¿Quiénes se cree que poblaron América?

El salvaje: Es que creemos que fue Dios quien la pobló.

El bachiller: Eso no es responder. Os pregunto de qué comarca vinieron vuestros primeros hombres.

El salvaje: De la comarca de donde vinieron nuestros primeros árboles. Os encuentro divertidos a vosotros, señores habitantes de Europa, pretendiendo que nada podemos tener sin vosotros. Tanto derecho tenemos de creer que somos vuestros padres, como vosotros de imaginaros que sois los nuestros.

El bachiller: ¡Qué salvaje más terco!

El salvaje: ¡Qué bachiller más hablador!

El bachiller: ¡Eh, eh, señor salvaje! Una palabrita más. ¿Creéis en la Guayana que haya que matar a quiénes no opinan como vosotros?

El salvaje: Sí, con tal que sean comidos.

El bachiller: Os hacéis el gracioso. ¿Y de la Constitución qué pensáis?

El salvaje: Adiós. ✽

